

JUEGOS DE APARIENCIAS O PERCEPCIONES
ENSOÑADAS: *NOVUS MUNDUS*

ÁNGELES MATEO DEL PINO
(Universidad de Las Palmas de Gran Canaria)

En los últimos tiempos, el pensamiento histórico y filosófico sobre América ha sido sometido a una profunda revisión, lo que ha generado que se pongan en entredicho diversos conceptos tradicionales, entre los que cabe destacar el del «Descubrimiento», que ha sido sustituido, frecuentemente, por otras acepciones, como la del «Encuentro entre dos Mundos».

El verdadero problema no radica en las palabras, sino en la intención con que se utilizan. Como muy bien apunta Horacio Cerruti¹, el debate que se plantea no es un puro nominalismo: «detrás de los términos se articulan complejos conjuntos de valores, ideales, evaluaciones, anhelos, conceptos y juicios históricos, políticos y culturales. No se puede permanecer neutral ante nociones como: Descubrimiento, Invención, Encuentro, Tropezón, Conquista, Invasión, Genocidio, etcétera». De ahí que consideremos pertinente referirnos a algunos de los diferentes conceptos que, dentro del mundo de las ideas, se le han ido atribuyendo a la «problemática» de América.

Aun cuando, como señala José Luis Abellán, «es evidente que en la palabra “descubrimiento” aplicada a América ha habido un uso etnocéntrico de ella»², no podemos negar que dicho término alude a la acción de dar a conocer algo que estaba oculto o era desconocido, *novas regiones invenire*. Desde esta perspectiva, si bien es cierto que los españoles «descubrieron» a los indígenas americanos, al mismo tiempo éstos «descubrieron» hombres y cosas que hasta ese momento desconocían. Por lo cual, este mutuo «descubrimiento» implica un «encuentro», ya que esto supone el hallazgo

¹ CERUTTI GULDBERG, Horacio: «Presagios de descubrimientos y tópicos del descubrir». En *El descubrimiento de América y su impacto en la historia*, compilación de Leopoldo Zea, Instituto Panamericano de Geografía e Historia/Fondo de Cultura Económica, México, 1991, pág. 45.

² ABELLÁN, José Luis: «Prólogo» a *La utopía de América. Teoría. Leyes. Experimentos*, de Beatriz Fernández Herrero, Anthropos, Barcelona, 1992, pág. 10.

y conocimiento de ambas partes. En palabras del lingüista norteamericano Noam Chomsky, «seguramente hubo un encuentro de dos mundos»³.

En este sentido creemos que debe entenderse el hecho de que Giuseppe Bellini justifique la afirmación de Francisco López de Gómara, «la mayor cosa, después de la creación del mundo, es el *descubrimiento* de las Indias», no como exaltación de la expansión política y espiritual de España en el Nuevo Mundo, sino como hallazgo que permitió «echar las bases para una vital proyección americana en el ámbito mundial»⁴. Lo verdaderamente relevante fue la inmensa trascendencia que el viaje de 1492 iba a tener para toda la humanidad.

Enrique Dussel considera que hay que encontrar la palabra apropiada para tal acontecimiento, pues si un «encuentro» es, exactamente, el cara-a-cara de dos personas, el reconocimiento del otro como otro y el respeto de su exterioridad digna, en el caso de América «el encuentro es desigual, en el sentido que uno va hacia el otro con la intención de constituirlo como “ente-explotable”; por tanto, ya no puede haber encuentro»⁵.

Sin embargo, para Xavier Rubert de Ventós es el hecho de pensar en Europa y su cultura como el sujeto agente del encuentro entre ambos mundos lo que ha propiciado el término «descubrimiento», «una manifestación y puesta a la luz de lo que permanecía oculto a la razón –y tal vez a sí mismo»⁶.

Por otro lado, algunos historiadores opinan que no se debería hablar de «descubrimiento» para referirse a la llegada de los europeos a tierras donde ya vivían otros seres humanos, sino de *contacto* o de *conquista*, ya que la entrada de los europeos a ese mundo desconocido supuso la dominación y explotación de los nativos⁷.

En la misma línea se expresa el anteriormente citado Noam Chomsky, para quien la frase *descubrimiento de América* es obviamente errónea. «Lo que descubrieron fue una América descubierta miles de años antes

³ CHOMSKY, Noam»: «Tener conciencia de la historia... Entrevista con Noam Chomsky». En *Nuestra América contra el V Centenario. Emancipación e identidad de América Latina*, Txalaparta, Navarra, 1990, pág. 203.

⁴ BELLINI, Giuseppe: «Introducción» a *Historia de la literatura hispanoamericana*. Castalia, Madrid, 1985, pág. 4.

⁵ DUSSEL, Enrique: «Del descubrimiento al desencubrimiento». En *Nuestra América contra el V Centenario...*, *op. cit.*, pág. 82.

⁶ RUBERT DE VENTÓS, Xavier: *El laberinto de la hispanidad*. Círculo de Lectores, Barcelona, 1992, pág. 21.

⁷ ZARAGOZA, Gonzalo: *Los grandes descubrimientos*. Anaya (Serie Historia), Madrid, 1988, pág. 4.

por sus habitantes. Se trataba, por ende, de la *Invasión* de América. La invasión de una cultura muy ajena»⁸.

Hay quienes consideran que, en realidad, el proceso de descubrimiento se revela como un paradójico *encubrimiento*. De este modo, al explicar lo que ocurre en América, Cerutti afirma que «en lugar de develar lo que aparece ante los ojos, lo recubre de una pátina proyectada por el cognoscente que lo envuelve y encubre nuevamente, para hacerlo accesible y aprehensible por el sujeto. El sujeto se ratifica como activo y lo descubierta-encubierto aparece necesariamente como objetivado»⁹.

Leopoldo Zea, al abordar la cuestión del encuentro entre la cultura europea y la americana, se manifiesta de acuerdo con la idea anterior; la auténtica realidad de esta región y sus hombres quedó encubierta, «en lugar de descubrimiento lo que se produjo fue un *encubrimiento* de América, ya que cuando los europeos se *tropezaron* casualmente con ella se dieron a la tarea de ocultar sus adelantos culturales para imponerles su dominio y justificar ante el mundo su misión *civilizadora*»¹⁰.

Si bien es cierto que existe una conexión, que podríamos llamar de ida y vuelta, entre *descubrimiento* y *encuentro*, ambos conceptos guardan relación con la facultad de «inventar»¹¹, puesto que todo hallazgo genera una imagen que cobra sentido dentro del marco de referencia de la realidad de un momento dado. Guillermo Bonfill apunta que la primera mirada europea sobre la realidad de lo que hoy es América no fue la mirada virgen que se asoma a lo ignoto, «fue una visión filtrada –¿cuál no?– a través de preconcepciones, convicciones y prejuicios de un mundo que salía apenas

⁸ CHOMSKY, Noam: «Tener conciencia de la historia... Entrevista con Noam Chomski». En *Nuestra América contra el V Centenario...*, *op. cit.*, pág. 203.

⁹ CERUTTI GULDBERG, Horacio: «Presagios de descubrimientos y tópicos del descubrir». En *op. cit.*, pág. 53.

¹⁰ ZEA, Leopoldo: *América como autodescubrimiento*. Publicaciones de la Universidad Central de Bogotá, Bogotá, 1986, pág. 48. Además, *vid.* ZEA, Leopoldo: *El descubrimiento de América y su sentido actual*. Fondo de Cultura Económica, México, 1992, págs. 196-197, y MONTIEL, Edgar: «América-Europa. La alteridad frente al espejo». En *Cuadernos Hispanoamericanos*, n.º 536, Madrid, febrero 1995, págs. 87-88. Según este último crítico, «el mostrar una América mítica sirvió perfectamente para *encubrir* la realidad cruel para los amerindios de la explotación masiva de oro y plata destinada a llenar las arcas de Europa y hacer viable el capitalismo mercantil».

¹¹ En latín el verbo *invenire* se utiliza tanto para referirse a la acción de descubrir, de encontrar, como a la facultad de inventar. Por lo tanto, esto confirma que desde un punto de vista etimológico no debería existir la problemática que se ha generado en torno a *descubrimiento*, *encuentro* o *invención*, lo que demuestra, una vez más, que tal discusión no es nominalista, sino ideológica.

de la Edad Media e iniciaba la aventura de su expansión más allá de los límites conocidos»¹².

La aparición histórica de América supone no sólo considerar este suceso como un descubrimiento físico, realizado además por casualidad, sino también como el resultado de una *invención* del pensamiento occidental. Desde esta perspectiva ontológica, señala Edmundo O’Gorman, «la aparición de América en el seno de la cultura occidental no se explica de un modo satisfactorio pensando que había sido “descubierta” un día de octubre de 1492»¹³.

Enrique Dussel, al revisar la tesis propuesta por E. O’Gorman, considera que América y el «ser americano» no fue inventado, sino *des-ocultado*, introduciendo así el término «*desencubrimiento*»: «lo encontrado ya real no estaba en el mundo (pero era real); entró en el mundo europeo, pero con consistencia propia. Esta realidad resistente, el ente, fue interpretado desde la totalidad de sentido europeo. No fue inventado, sino des- (el acto de dar sentido) -ocultado (lo real encontrado)»¹⁴.

A raíz de las noticias que nos han legado Bartolomé de las Casas, Gonzalo Fernández de Oviedo y Francisco López de Gómara¹⁵ sabemos que había un rumor popular, que se dio en llamar la «leyenda del piloto anónimo» o «piloto desconocido», que corría de boca en boca. El padre Bartolomé de las Casas, quien también la había escuchado, refiere que un navegante, cuya nave había sido arrojada a unas playas misteriosas, dio aviso de la existencia de unas tierras desconocidas:

«Dijose que una carabela o navío que había salido de un puerto de España (no me acuerdo haber oído señalar el que fuese, aunque creo que del reino del Portugal se decía) [...], la cual corriendo terrible tormenta y arrebatada de la violencia e ímpetu della, vino diz que a parar a estas islas y que aquella fue la

¹² BONFILL BATALLA, Guillermo: *Identidad y pluralismo cultural en América Latina*. Universidad de Puerto Rico, Buenos Aires-San Juan, 1992, pág. 163.

¹³ O’GORMAN, Edmundo: *La invención de América. Investigación acerca de la estructura histórica del nuevo mundo y del sentido de su devenir*. Fondo de Cultura Económica (Col. Tierra Firme), México, 1993, pág. 9 (3.ª reimpresión).

¹⁴ DUSSEL, Enrique: «Del descubrimiento al desencubrimiento». En *Nuestra América contra el V Centenario...*, op. cit., pág. 76.

¹⁵ Vid. CASAS, Bartolomé de las: *Historia de las Indias*. Edición de Andrés Saint-Lu, Biblioteca Ayacucho n.º 108-109-110, Caracas, 1990. FERNÁNDEZ DE OVIEDO, Gonzalo: *Historia general y natural de las Indias*, Biblioteca de Autores Españoles n.º 117-120, Madrid, 1959. LÓPEZ DE GÓMARA, Francisco: *Historia general de las Indias y Vida de Hernán Cortés*. Edición de Jorge Gurría Lacroix, Biblioteca Ayacucho n.º 64, Caracas, 1979.

primera que las descubrió... [...]. El piloto de dicho navío, o [por] amistad que antes tuviese con Cristóbal Colón, o porque como andaba solícito y curioso sobre este negocio, quiso inquirir dél la causa y el lugar de donde venía... o porque por piedad de vello tan necesitado el Colón recoger y abrigarlo quisiese, hobo, finalmente, de venir a ser curado y abrigado en su casa, donde al cabo diz que murió; el cual, en reconocimiento de la amistad vieja o de aquellas buenas y caritativas obras, viendo que se quería morir, descubrió a Cristóbal Colón todo lo que les había acontecido y diole los rumbos y caminos que habían llevado y traído»¹⁶.

La aceptación o no de tal leyenda ha sido ampliamente discutida¹⁷, ya que ésta revelaría que la finalidad del viaje de Colón era la de verificar la presencia de tales tierras, y negaría el propósito, comúnmente aceptado, de que el almirante realizó su viaje en 1492 con el deseo de llegar al extremo oriental de Asia.

William Robertson¹⁸ intenta explicar en qué consistió el proyecto de Colón partiendo del horizonte histórico de finales del siglo XV; de esta manera sostiene que en esa época el gran anhelo de Europa era el de abrir una comunicación marítima con el remoto Oriente. La empresa de Colón obedecería a esta preocupación, y aunque tuvo motivos científicos para sospechar que se encontraría con un continente desconocido, prevaleció en él la idea de que llegaría a Asia. El error de Colón es lo que –según Miguel Rojas Mix– crea el primer problema de identidad, «reconocidas las nuevas tierras como Indias, los conquistadores que siguieron al nave-

¹⁶ CASAS, Bartolomé de las: *Historia de las Indias*. Edición de Andrés Saint-Lu, *op. cit.*, pág. 30.

¹⁷ A propósito señala Edmundo O’Gorman que Oviedo explica que Colón sabía de la existencia de unas tierras, las Hespérides, por medio de las lecturas de los escritores antiguos y quizá corroborado por la noticia del piloto anónimo. Gómara sostiene la veracidad del relato del piloto anónimo. En cambio, Fernando Colón advierte que el almirante poseía amplios conocimientos científicos, con lo cual echa por tierra la idea de que Colón hubiera tenido noticias de unas tierras desconocidas, bien por medio de la leyenda o de las lecturas de libros antiguos. De las Casas va más allá al hablar de «hazaña divina», así Colón es el elegido para llevar a cabo el cumplimiento de un designio divino, alumbrar estas tierras con la luz evangélica. *Vid. La invención de América...*, *op. cit.*, págs. 23-29.

¹⁸ Señala José Miguel Oviedo que la polémica sobre América «puede considerarse uno de esos brotes oscurantistas que eran aceptables dentro del rígido “eurocentrismo” del Siglo de las Luces, pero viene envuelta en argumentaciones que revelan el interés político de cuestionar también el papel colonizador de España por parte de naciones enemigas de su poder». Uno de los que plantean esta polémica es el escocés William ROBERTSON, que publicó *History of America*. Londres, 1777. *Vid. Historia de la literatura hispanoamericana. I. De los orígenes a la Emancipación*. Edición de José Miguel Oviedo, Alianza (Universidad Textos), Madrid, 1995, pág. 296.

gante obligaron a los naturales a llamarse indios»¹⁹. Este equívoco da lugar a unas Indias «malditas» y «equivocadas»²⁰.

La presencia de unas nuevas tierras, que todavía no se sabía a ciencia cierta qué eran, desmantela una serie de creencias que estaban vigentes en la época. Así, lo que más tarde recibiría el nombre de América surge como un ente histórico imprevisto e imprevisible que, al irse constituyendo en su ser, opera como disolvente de la vieja estructura, lo que conlleva una nueva y dinámica concepción del mundo más amplia y generosa.

Este «Nuevo Mundo» provoca que vayan cayendo los viejos mitos²¹, utilizados como fuente de conocimiento y, por consiguiente, de «verdad», y se impulse el empirismo científico. Juan Maestre Alfonso, al referirse a la simbología cristiana, señala que «el número tres, símbolo de la Trinidad, Misterio, pero al que la ideología dominante le daba la categoría de verdad intocable o indiscutible, gozaba de la noción de una categoría cósmica. La alegoría de la Santísima Trinidad se proyectaba en un amplio arco de creencias, que iban desde la historia bíblica, viendo cómo el número tres aparecía con machacona insistencia estadística en la geografía; con los *tres* continentes posibles, correspondientes a los *tres* hijos de Noé, y de alguna manera procedencia de los *tres* lugares de donde llegaron emisarios los *tres* Reyes Magos a rendir pleitesía al hijo de Dios»²².

¹⁹ ROJAS MIX, Miguel: *Los cien nombres de América. Eso que descubrió Colón*. Lumen, Barcelona, 1991, pág. 34.

²⁰ Vid. el estudio de SÁNCHEZ FERLOSIO, Rafael: *Esas Yndias equivocadas y malditas. Comentarios a la historia*. Destino, Barcelona, 1994.

²¹ Santiago Sebastián recuerda como «dentro de la cosmovisión medieval y de las concepciones escatológicas milenaristas, la búsqueda del Paraíso fue constante [...] aun en el siglo XVII se llevó a cabo el mayor esfuerzo para ubicar este lugar sagrado en América». Vid. *La imagen del indio en la Europa moderna*. Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Sevilla, 1990, págs. 435-436 (Actas del Coloquio celebrado en La Rábida, 1-4 de abril de 1987).

²² MAESTRE ALFONSO, Juan: «Las ideas que originaron el descubrimiento. América como necesidad». En *El descubrimiento de América y su impacto en la historia*, compilación de Leopoldo Zea, *op. cit.*, págs. 71-72. Miguel Rojas Mix señala que antes del «descubrimiento», la humanidad se dividía nítidamente en tres grupos (descendientes de Jafet, Sem y Cam), «... es decir, blancos de Europa, amarillos de Asia y negros de África. Surge de pronto el problema de qué hacer con el indígena americano. Los extraños seres hallados en las presuntas Indias diferían en tantos aspectos somáticos y culturales de los del Viejo Mundo, que llegó a dudarse de si eran hombres o eran bestias». Vid. «Los monstruos: ¿mitos de legitimación de la conquista? En *América Latina. Palabra, literatura e cultura*, coordinado por Ana Pizarro, Fundação Memorial da América Latina, Brasil, 1993, pág. 127.

Quebrada así la conciencia tripartita del Viejo Mundo, Asia, África y Europa, el nuevo territorio supone la aparición de una cuarta parte del Orbe —espacio trasatlántico— *necesario* para que Europa pudiera conservar su dominio político, económico e ideológico. Lo cual no invalida el concepto de *invención* planteado por Edmundo O’Gorman, ya que éste hace hincapié en el modo en que América surge en el ámbito de la cultura de aquella época²³.

José Luis Abellán apunta, además, que el concepto de invención remite dialécticamente al de utopía, ya que ésta «es la consecuencia del deseo de realización del mito, que trata de plasmarlo dentro del pensamiento racionalista, adaptándose a la estructura mental del hombre moderno»²⁴.

Esta doble dimensión de la utopía a la que alude Abellán, por un lado, mítica²⁵ y, por otro lado, histórica, está presente en Tomás Moro, quien acuña el término *utopía* en 1516 para designar una república perfecta, situada en un espacio inexistente o desconocido²⁶. Es, precisamente, este último aspecto el que hará que Rojas Mix afirme que «el mundo fantástico surgía en América mucho más porque los descubrimientos se situaban en las fronteras del mundo conocido que por tratarse de un “Orbis Novo”. América no hacía sino reproducir la imagen o los prototipos de lo fantástico que aparece en Asia y África»²⁷.

²³ Edmundo O’Gorman señala que «cuando se dice que América fue descubierta tenemos un modo de explicar la aparición... de un ente ya constituido en el ser americano; pero cuando afirmamos que América fue inventada, se trata de una manera de explicar a un *ente* cuyo ser depende del modo en que surge *en el ámbito* de aquella cultura (occidental)... El ser de América es un suceso dependiente de la forma de su aparición... como resultado de un acontecimiento que, al acontecer, constituye el ser de un *ente*». De esta manera, la cultura occidental tiene —según O’Gorman— «la capacidad creadora de dotar con su propio ser a un ente que ella misma concibe como distinto y ajeno». *Vid. La invención de América...*, *op. cit.*, págs. 91 y 97.

²⁴ ABELLÁN, José Luis: *Mito y cultura*. Seminarios y Ediciones, Madrid, 1971, pág. 19.

²⁵ Domingo Milani refiere que Colón «se lanza al Mar Tenebroso, armado no sólo de mapamundos y cartas de marear [...]. Viene pertrechado de fantasías leídas [...]. Su afán es recorrer aquellas tierras, descubrirlas y posesionarse de ellas en nombre de los reyes. Además, confundirlas, fundirlas con la irrealidad que trae en la imaginación, fruto de lecturas y conjeturas [...]. Las cosas adquirirían, pues, el color del cristal con que Colón las había leído en Europa antes de partir». *Vid. «Lo fantástico en Cristóbal Colón»*. En *El descubrimiento de América y su sentido actual*, compilación de Leopoldo Zea, *op. cit.*, págs. 23-26.

²⁶ Roberto Fernández Retamar recuerda las impresionantes similitudes que la *Utopía* de Tomás Moro guarda con la isla de Cuba. Esta analogía también ha sido destacada por Ezequiel Martínez Estrada. *Vid. Calibán y otros ensayos*, Editorial Arte y Literatura, La Habana, 1979, pág. 16.

²⁷ ROJAS MIX, Miguel: «Los monstruos: ¿mitos de legitimación de la conquista?». En *América latina. Palabra, literatura e cultura*, coordinado por Ana Pizarro, *op. cit.*, pág. 127.

América se convierte en utopía porque, según Beatriz Fernández, con ella se inaugura un nuevo tiempo y un nuevo espacio, un hito histórico que marca el final de la Edad Media y da paso al Renacimiento, proceso en el que «se conjugan las tradiciones y valores morales y religiosos de la vieja España con los nuevos sistemas de valores en el campo del conocimiento de la naturaleza, la religión, la economía, la política y las relaciones sociales que comienzan a asentarse en la Europa renacentista»²⁸.

De esta manera, la España del medievo dará paso a la España renacentista. En este proceso evolutivo, el año de 1492 adquiere un profundo significado. Como señala Emilio Mitre Fernández, «el 2 de enero, con la entrada en Granada de los Reyes Católicos, se pone fin al último reducto político del Islam en la Península. El 31 de marzo, por edicto de estos mismos monarcas, los judíos españoles emprenden el camino del exilio. El 12 de octubre Colón desembarca en tierras de lo que algo más tarde se conocerá con el nombre de América. En los años siguientes, la España musulmana, cristiana y hebrea del medievo dará paso a la España que, oficialmente, hará del catolicismo su principal seña de identidad. Una España, además, lanzada a un imperialismo de signo transoceánico»²⁹.

Como explica Guillermo Bonfill, «en España, la reconquista y la unificación aportaban, además, los antecedentes inmediatos para consolidar la convicción de que al nuevo Estado le había sido asignada una misión redentora, reservada sólo a los pueblos elegidos»³⁰. Dos serán, por tanto, los discursos del conquistador: colonizar y evangelizar, de manera que la

²⁸ FERNÁNDEZ HERRERO, Beatriz: *La utopía de América. Teoría. Leyes. Experimentos*, op. cit., pág. 17.

²⁹ MITRE FERNÁNDEZ, Emilio: *Cristianos, Musulmanes y Hebreos. La difícil convivencia de la España Medieval*. Anaya (Biblioteca Iberoamericana), Madrid, 1988, pág. 5.

³⁰ BONFILL BATALLA, Guillermo: *Identidad y pluralismo cultural...*, op. cit., pág. 164. Leopoldo Zea hace notar que para Ginés Sepúlveda el dominio español sobre los territorios y habitantes ultramarinos no sólo era legal, sino prioritario e indispensable, lo que le permite corroborar la ineptitud de los pueblos americanos: «La raza española ha producido grandes hombres, en campo bélico y cultural. En cuanto a templanza no existe nación que supere a España ni tampoco en religiosidad ni sentimientos humanos. ¿Cómo pueden comparar las dotes [españolas] de prudencia, ingenio, magnanimidad, templanza humana y religión con las que tienen esos hombrecillos que no poseen ciencia alguna y ni siquiera memoria histórica? ¿Qué puede ser mejor para (...) [ellos] que el ser sometidos por los hombres que les son superiores?». Vid. *El descubrimiento de América y su sentido actual*, op. cit., pág. 198.

expansión española es también «redención»³¹ o, en palabras de José Anadón, «una verdadera cruzada»³².

El paso de una edad a otra ha llevado a Rubert de Ventós a considerar que lo que ocurrió en el «Nuevo Mundo» no fue tan sólo un choque cultural, que puso de manifiesto la superioridad técnica y estratégica de los españoles, sino un *enfrentamiento* entre dos edades de la humanidad. De esta manera vence el «sistema» europeo, lo que genera «un conflicto dramático, a la vez geológico y gnoseológico, donde los españoles representan la experiencia abierta (adaptativa) y la razón orientada (instrumental), frente a la experiencia cerrada (tradicional) y la razón abierta (cós mica) encarnada por los indígenas»³³.

La superioridad técnica de los españoles y su posterior consecuencia es descrita por Elena Poniatowska en los siguientes términos: «Para el piel roja, el azteca, el purépecha, el inca, el gigantón de la Patagonia no hubo sino el *encuentro con inventos desconocidos*, como la pólvora y la rueda, el caballo que convertiría al conquistador en centauro, un sistema diferente de escritura y una ambición de proporciones nunca vistas, un Dios distinto, aunque semejante al imaginado (Quetzálcoatl), y una guerra perdida»³⁴.

¿Encuentro entre dos mundos? ¿No debería más bien denominarse «enfrentamiento» de dos mundos?, se pregunta E. Dussel, para concluir: «No fue un encuentro. Fue un choque, fue un «enfrentamiento» en su sentido antropológico y militar. “En-frentamiento”: darse de frente, en la frente; pero también afrentar, humillar, *agraviar*»³⁵.

A propósito, José Arrom reflexiona sobre los «enfrentamientos» y llega a la conclusión de que todavía hoy seguimos divididos, «en el Caribe y en el mundo, en dos bandos: los que defienden, junto con sus privilegios, la explotación del hombre, y los que propugnan, con sed de justicia, la

³¹ «El rasgo más notorio de la expansión de España en ultramar fue, sin duda, el espíritu de cruzada que animó a los conquistadores y que, con el apoyo de antiguas doctrinas medievales —no olvidadas entonces—, inspiró incluso la política del Papado y de la Corona durante algún tiempo. Se pretendía la conversión religiosa y la sujeción política de los pueblos considerados «infieles», y para obtener estos fines una nación perteneciente a la comunidad cristiana enviaba sus conquistadores». Vid. ZAVALA, Silvio A.: *Las conquistas de Canarias y América*. Cabildo Insular de Gran Canaria, Las Palmas, 1991, pág. 11.

³² ANADÓN, José: «Colonialismo lingüístico y defensa del indígena: el concepto *bárbaro*». En *Ruptura de la conciencia hispanoamericana*, Fondo de Cultura Económica, México, 1993, pág. 180.

³³ RUBERT DE VENTÓS, Xavier: *El laberinto de la hispanidad*. *Op. cit.*, pág. 22.

³⁴ PONIATOWSKA, Elena: «Memoria e identidad: algunas notas histórico-culturales». En *Nuestra América contra el V Centenario...*, *op. cit.*, pág. 148.

³⁵ DUSSEL, Enrique: «Del descubrimiento al desencubrimiento». En *Op. cit.*, pág. 82.

dignidad del hombre. Y esta vez la del hombre universal, sin distinción de culturas o colores de piel»³⁶.

Queda, pues, preguntarse, si en realidad no fue todo producto de la casualidad, un *tropezón*, como diría Borges. A propósito, recuerda Gregorio Selser que, en cierta ocasión, Jorge Luis Borges, allá por 1947, mencionó al noruego Leif Erikson como «verdadero descubridor» de América, para concluir que, en todo caso, Colón «incurrió en el *tropezón* mayor de su vida y para colmo le birlaron la gloria de su accidente»³⁷.

Con esta anécdota el escritor argentino nos recuerda que antes de Colón hubo diversos pueblos³⁸ que probablemente registraron su paso a América. Sin embargo, parece ser, fueron los vikingos los primeros que, después de alcanzar este territorio, regresaron a Europa. Hacia el año 1000, Leif Erikson, hijo de Erik el Rojo, descubrió nuevas tierras al oeste de Groenlandia, que se supone estaban en el noroeste de los Estados Unidos actuales. De acuerdo con este planteamiento, el primer europeo que llegó a América habría sido, curiosamente, un vikingo.

Con esto quedaría comprobado que el verdadero éxito de Colón no fue el de haber llegado a América, cosa que, como hemos visto, probablemente hicieron otros predecesores, sino el de volver a Europa estableciendo una ruta comercial que vinculó al Nuevo y Viejo Mundo. A partir de 1492 América y Europa se convirtieron en dos mundos íntimamente relacionados.

Colón hizo entre 1492 y 1502 un total de cuatro viajes a América, pero en todas esas expediciones el almirante nunca dejó de ver en aquellas tierras el extremo oriental de Asia. Así, el mérito de «descubrir» intelectualmente América, es decir, de llegar a la conclusión de que las tierras halladas no eran las Indias, se debió a otros muchos navegantes³⁹, aunque

³⁶ ARROM, José Juan: «El Caribe en vísperas del Centenario». En *El descubrimiento de América y su impacto en la historia*, compilado por Leopoldo Zea, *op. cit.*, pág. 199.

³⁷ SELSER, Gregorio: «Lo de América: ¿Descubrimiento, encuentro, invención, tropezón? ¿Querella nominalista?». En *Nuestra América contra el V Centenario...*, *op. cit.*, pág. 192.

³⁸ Aparte de los asiáticos, hay pruebas discutidas de otras invasiones procedentes de Australia, Polinesia, Melanesia y Japón.

³⁹ Manuel Lucena señala que «antes que Vespucio hubo muchos que dijeron ya que las Indias eran un nuevo mundo. El propio Colón hablaba cuando le convenía de «otro mundo», y Juan de La Cosa lo había ya indicado en su mapa de 1500 con todo el Golfo de México configurado, que luego dibujó Cantino en su carta de 1502. Incluso Pedro Mártir de Anglería decía en sus cartas que aquello era «Nova Terrarum» y «Orbe Novo», pero las paradojas también hacen historia, y, al cabo, se le puso al Continente el nombre de quien ni lo descubrió ni fue el primero en señalar que era un Continente». *Vid.* LUCENA, Manuel: en *Descubrimiento de América. Novus Mundus*. Anaya (Biblioteca Iberoamericana), Madrid, 1988, págs. 55-56.

la fama la obtuvo en exclusividad aquel que tuvo la fortuna de que sus ideas recibiesen el oportuno reconocimiento: Américo Vespucio.

Américo Vespucio, marino florentino que recorrió una buena parte del litoral suramericano, llegó a la conclusión de que las tierras a las que había llegado no eran las Indias, como se empeñaba Colón en afirmar, sino un Nuevo Mundo separado de Asia por un océano. Esta información llegó a manos del geógrafo Martin Waldseemüller, quien preparaba una reedición de la *Geografía de Ptolomeo*. En 1507 se publicó la obra con la relación impresa de Vespucio, *Mundus Novus*, y una introducción en donde se daba cuenta del hallazgo de una cuarta parte del mundo, además de las tres anotadas por Ptolomeo: Europa, Asia y África. En uno de los capítulos de la *Cosmographiae Introductio* se anotó: «Mas ahora que esas partes del mundo han sido extensamente examinadas y otra cuarta parte ha sido descubierta por Américo Vespucio –como se verá por lo que se sigue– no veo razón para que no la llamemos *América*; es decir, la tierra de Americus, por Americus, su descubridor, hombre de sagaz ingenio, así como Europa y Asia recibieron ya sus nombres de mujeres»⁴⁰.

De esta manera, aparece por primera vez un mapa del Nuevo Mundo –o cuarto continente– en el que figura el nombre de América. Con esto se confirmaría la tesis de Borges: «le birlaron a Colón la gloria de su accidente».

Haciendo hincapié en esta idea añade Roberto Fernández Retamar que «el único verdadero descubrimiento de este continente fue hecho por los hombres que hace decenas de miles de años entraron en él provenientes de Asia. Tampoco es aceptable que hubiera dos descubrimientos: uno hecho por ellos y otro por los vikingos, o, lo que es más frecuente escuchar, por Colón y los suyos. Ni los vikingos ni Colón, por cierto, tuvieron conciencia de haber llegado al continente que iba a ser llamado América. Parece que esa conciencia le corresponde a Vespucio, quien, voluntaria o involuntariamente, dio su nombre a lo que también iba a ser llamado “Nuevo Mundo”»⁴¹.

A raíz de lo expuesto estamos convencidos de que la polémica no se agota aquí. El debate continúa aún vivo y a la nómina de las palabras expuestas se le añaden otras. Quizá, como apunta Raúl Guerra Garrido, tenemos miedo a las palabras «descubrimiento, choque, encuentro, geno-

⁴⁰ Citado por Manuel Lucena, en *Descubrimiento de América. Novus Mundus, op. cit.*, págs. 54-55.

⁴¹ FERNÁNDEZ RETAMAR, Roberto: «América, descubrimientos, diálogos». En *Nuestra América contra el V Centenario...*, *op. cit.*, pág. 90.

cidio, conquista, evangelización, miseria y gloria: todo eso fue y mucho más, ameliorativo y peyorativo, en un tremendo puzzle que hasta aquí nos trajo [...]. El evitar palabras polémicas es política de avestruz y siempre se nos vuelve en contra»⁴².

Convenimos que el gran éxito de aquel viaje de 1492 fue la trascendencia que iba a tener para toda la humanidad el conocer la realidad de diferentes pueblos en pie de igualdad desde sus originales diferencias. Aun a sabiendas de que, como muy bien apunta Horacio Cerutti, «la realidad es una realidad construida mediante una labor conformadora de la percepción. Conformación que incluye la adaptación y acomodo de la capacidad perceptiva desde un punto de vista histórico, social y cultural [...]. La percepción ensoñada produce más monstruos que el sueño de la razón y es más peligrosa que la razón en sueños»⁴³.

La realidad a veces rebasa el entendimiento y se convierte en un juego de apariencias. Recordemos, a propósito, las palabras de Alejo Carpentier, quien al proyectarse en la figura de Cristóbal Colón nos dice:

«Juegos de apariencias, como fueron para mí las Indias Occidentales. Un día, frente a un cabo de la costa de Cuba al cual había llamado yo *Alfa-Omega*, dije allí terminaba un mundo y empezaba otro: otro *Algo*, otra cosa, que yo mismo no acierto a vislumbrar... Había rasgado el velo arcano para penetrar en una realidad que rebasaba mi entendimiento porque hay descubrimientos tan enormes –y sin embargo posibles– que, por su misma inmensidad, aniquilan al mortal que a tanto se atrevió»⁴⁴.

⁴² GUERRA GARRIDO, Raúl: «Teoría del conocimiento: alguien debería presentarnos». En *Impacto y futuro de la civilización española en el Nuevo Mundo*, edición de la Sociedad Estatal del Quinto Centenario, Madrid, 1991, pág. 548. (Actas del Encuentro Internacional Quinto Centenario, Décima Asamblea General de la Asociación de Licenciados y Doctores Españoles en Estados Unidos [ALDEEU], celebrada en San Juan de Puerto Rico, 17-22 de abril de 1990).

⁴³ CERUTTI GULDBERG, Horacio: «Presagios de descubrimientos y tópicos del descubrir». En *op. cit.*, pág. 49.

⁴⁴ CARPENTIER, Alejo: *El arpa y la sombra*. Siglo XXI, México, 1979, pág. 203.